

LA GRAN CRISIS

POCO a poco, las dos versiones de la guerra de Indochina, en la zona de Laos, van coincidiendo. La versión oficial estuvo manteniendo unos comunicados moderadamente triunfalistas de objetivos cumplidos, penetraciones sistemáticas, enemigo castigado, etcétera; ahora dejan ya traslucir el desastre, aun dentro de un prudente envoltorio verbal. Se habla de una «retirada flexible», dentro del contexto de la «fluidez» de la operación prevista, que se realiza «antes de lo calculado» en vista de la «presencia de gran número de tropas enemigas». Un lenguaje que recuerda el de los malos tiempos alemanes, cuando las huidas se llamaban «avances elásticos sobre la retaguardia». Sabiendo interpretar la semántica oficial se ve cómo esta versión coincide finalmente con las de los periodistas de los Estados Unidos, que desde hace semanas hablan de desastre militar, de catástrofe. Se habla de desbandada de las tropas de Saigón: el «apoyo» aéreo americano (en realidad, mucho más que un apoyo: una auténtica vanguardia de fuego) no ha bastado.

PODEMOS volver atrás el reloj de la guerra de Indochina y encontrar continuamente situaciones similares. Lo que pasa en Laos pasó ya en Camboya, lo que pasó en Camboya había sucedido antes en el Vietnam y, aún volviendo más atrás, todo estaba prefigurado en la guerra francesa de Indochina. Parece que en los Estados Unidos no se ha inventado todavía ni una estrategia ni un armamento suficientes para contrarrestar el modo asiático de guerra, pese al gran esfuerzo tecnointelectual-militar que se produce desde hace años. Las técnicas de lo que se llama «guerra antisubversiva» (teniendo en cuenta que la «versión» es la de los Estados Unidos y la «subversión» la de sus enemigos, tenidos como menores) están dando mejores resultados en las situaciones preventivas que en las declaradas. Parece que a partir del paso de cierta raya, de cierta frontera, dejan de controlar la situación. Las técnicas preventivas están dando resultado, por ejemplo, en África, donde las situaciones favorables a Washington se mantienen por la continuidad de golpes de Estado, abolición de Constituciones, represión extralegal y enfrentamiento de países fronterizos. El golpe de Grecia fue preventivo, como lo ha sido el de Turquía.

SE ve ya en Turquía, como se insinuaba ya desde el mismo momento del suceso (véase el número anterior de TRIUNFO), el aprovechamiento de la lección griega. El golpe de Grecia se produjo con brutalidad visible, y quizá esa visibilidad formaba parte de las normas preventivas (la creación de un terror de Estado nuevo e implacable para cor-

tar cualquier reacción posible), pero la situación desentonaba dentro de los principios generales de la OTAN y de todos los organismos establecidos sobre el «leit-motiv» del «mundo libre». Había que evitar que Turquía crease una nueva discordancia, y la forma adoptada ahora es la de la «democracia preventiva», que deje a salvo (relativamente, claro está) las formas aparentes de la Constitución. El nuevo jefe del Gobierno, Nihat Erin, busca una forma de coalición (a la que acuden velozmente los partidos civiles, creyendo que así evitan la constitución de una junta militar, cuando en realidad están sirviendo los propósitos de no crear una junta militar) y su primera declaración ha servido para expresar la continuidad de Turquía en la fidelidad a la Alianza Atlántica y, concretamente, a los Estados Unidos.

CUANDO precisamente lo que estaba en juego era la posibilidad de desprendimiento de tales alianzas para buscar un neutralismo y los movimientos que se tratan de reprimir tenían un carácter marcadamente antinorteamericano, la expresión de «continuidad» revela precisamente una situación de «ruptura» con lo que estaba sucediendo. La presión de los golpistas se ha quedado en lo tácticamente conveniente, pero si el nuevo Gobierno no consigue dominar la situación, si los neutralistas no comprenden el signo que se les ha hecho, la presión aumentará y se llegará a la toma absoluta del poder y a la creación de una situación represiva importante. El movimiento, tal como se ha realizado, y por sus resultados hasta ahora, ha sido una obra maestra de la intervención extraconstitucional. Un golpe que se ve y no se ve, unas presiones que se presienten, pero no se sienten, y un cambio radical convertido en continuidad.

CON esta nueva configuración de Turquía, con la ya solidificada situación en Grecia, en la que no puede ahora ni imaginarse una contrasituación (en todo caso, la posibilidad de una serie de «concesiones» para ir recuperando poco a poco el aspecto de la democracia-ficción que pueda acabar con el interdicto de los países moralistas), los Estados Unidos disponen de por lo menos dos Estados-tampón en el Mediterráneo oriental, y ello les permite jugar con más soltura y con más facilidad en el Oriente Medio, donde están tratando de llevar a cabo una operación preventiva de gran altura. El hecho de que el afianzamiento de Turquía haya precedido o casi simultáneamente a las nuevas presiones sobre Israel para que acepte ciertas condiciones de paz, puede no ser casual. Trata Washington de evitar que la situación del Oriente Medio llegue a lo irreparable, es decir, que pase de esas fronteras donde lo



«Continuamente las noticias hispanoamericanas recomponen un mosaico de actividad revolucionaria y contrarrevolucionaria». En la foto, manifestación de obreros huelguistas en Córdoba (Argentina).



«Se habla de desbandada de las tropas de Saigón: el "apoyo" aéreo americano no ha bastado». Derecha: Soldados sudvietnamitas heridos, trasladados en helicópteros, atendidos en Ham Nghi. Izquierda: Nguyen Cao Ky, vicepresidente de Vietnam del Sur, sentado ante el disparador de un anti-aéreo junto a su esposa, Mai, en la base artillera de Ham Nghi.

preventivo es aún posible y se meta en el gran barrizal de la guerra de Tercer Mundo. Cuenta con la colaboración de «hermanos enemigos» de la URSS, que tampoco desea un conflicto armado que pudiera comprometer su nueva presencia en la zona y romper sus planes de coexistencia con los Estados Unidos. Israel siente ya pesadamente esa amenaza de sus aliados poderosos para que ceda algunos de los territorios conquistados por las armas. Se resiste en lo que puede y confía en acontecimientos que retrasen la cuestión. Todo el movimiento sionista mundial está comprometido en ello y las vigorosas campañas realizadas para mostrar el antisemitismo de la URSS tienen por objeto principal romper en lo posible la colaboración de los «hermanos enemigos». La URSS está respondiendo con gran flexibilidad: desde los indultos de los judíos condenados a muerte en Leningrado en el mes de diciembre y el aplazamiento de otros procesos de ese orden hasta la concesión de permisos para que un cierto número de familias judías soviéticas puedan abandonar el país para emigrar a Israel, facilidad que, por cierto, no tienen por ahora otras minorías descontentas dentro de la URSS. Esta respuesta flexible a los ataques sionistas tiene por principal objeto facilitar a los Estados Unidos su tarea de presionar sobre Israel, no dar pretexto para un endurecimiento de la situación. En realidad, la causa israelita, que fue casi unánimemente defensiva en el mundo occidental en el momento de la guerra llamada de los «seis días», ha ido perdiendo puntos como consecuencia de su intransigencia para la negociación. Y como consecuencia, también de los intereses de los Estados Unidos, que, se debe repetir, consisten en prevenir que el Oriente Medio se convierta en una nueva Indochina, cosa que puede suceder, con las características propias del lugar y de su acumulación histórica, en cualquier momento en que no se vea salida posible al conflicto desde el punto de vista de la negociación. Las operaciones de Hussein no han conseguido destruir el núcleo esencial de los guerrilleros palestinos; los actos preventivos de Siria, la retención de Egipto —durante los últimos tiempos de Nasser y, con mayor acentuación, ahora— pueden no ser suficientes como para contener una situación revolucionaria de las que, como se ve, no tienen luego remedio.

EN muchos puntos de Hispanoamérica esa situación parece haber sobrepasado ya los límites de lo irreversible. Concretamente, en Uruguay. Porque, naturalmente, lo que ha quedado antes señalado es que, por el momento, las situaciones preventivas dan mejor resultado que las guerras abiertas, pero de ninguna manera quiere decir que sean infalibles. Muy al contrario, en todo el subcontinente americano están en riesgo de ser invertidas. Los sucesos de la Argentina son una muestra clara de ello, y a pesar de los sucesivos cambios del poder se va abriendo cada vez más el frente de las guerrillas urbanas y campesinas, de las sediciones estudiantiles, de las huelgas parciales y generales, de los que son exponente los sucesos de Córdoba. Continuamente las noticias hispanoamericanas recomponen un mosaico de actividad revolucionaria y contrarrevolucionaria —las últimas, el descubrimiento de un complot en Méjico y las acusaciones contra el ex Presidente Ovando de haber inducido al asesinato del Presidente Barrientos y de haber dirigido un importante tráfico de armas hacia Israel: todo se relaciona—, en el que se va advirtiendo que el punto de la represión preventiva se ha sobrepasado ya hace tiempo.

PERO volvamos a Laos. El frente parece se está cerrando ya de nuevo sobre la desbandada de las tropas de Saigón. La llamada «Ruta de Ho Chi Minh», que era el objetivo principal declarado de la intervención, queda prácticamente intacta: las destrucciones locales no han causado mella suficiente. En Laos se ha fortalecido el movimiento comunista, la repulsa al régimen de Saigón, el odio popular a los Estados Unidos, como ha sucedido en Camboya. China tiene una moral de victoria: puede creer que sus amenazas han surtido efecto, aunque los Estados Unidos digan —por boca de Rogers, secretario de Estado— que las advertencias chinas no tienen relación ninguna con la retirada «prevista». Si otro de los objetivos previstos era el de crear una situación favorable, asegurando bases, antes de que llegara la estación de las lluvias —abril/mayo—, beneficiosa para los guerrilleros, ha fracasado también: las bases «Lollo», «Brown», «Sofia» han tenido que ser abandonadas, dejando detrás muertos, heridos y armamento, en la clásica desbandada. Todo ello significa algo más que una operación fracasada. Supone moral de derrota en Saigón y Washington, afianzamiento de los antibelicistas del Senado y la prensa de los Estados Unidos, que habían previsto lo que iba a suceder; estímulo para los movimientos guerrilleros y revolucionaristas del mundo, desprestigio en el concepto político-militar de los Estados Unidos y, sobre todo, un punto muerto en la «doctrina Nixon» de «vietnamización» del conflicto. Se ha comprobado ya que ni con el esfuerzo gigantesco y la inversión económica que ha supuesto la participación aérea y de infraestructura del Ejército de los Estados Unidos los vietnamitas del Sur pueden hacer la guerra por sí mismos. ¿Es posible aún pensar en la retirada de tropas de los Estados Unidos de la zona? Sí, sabiendo que en ese caso la guerra está perdida. ¿Es posible, por el contrario, invertir la doctrina Nixon y enviar más soldados? Sí, pero sabiendo que el frente interior, en los propios Estados Unidos, se romperá: está ahora contenido por la débil promesa de retirada y por la evacuación real de unas decenas de miles de soldados —inoperante, realmente, en un total que ha llegado a sobrepasar el medio millón de combatientes y que sigue siendo muy próximo a esa cifra—. ¿Podrá el complejo político-militar continuar su respuesta de «huida hacia adelante», como ha intentado hacer en Camboya y en Laos? Sí, pero todo debe indicar que los resultados de una operación de «huida hacia adelante» que consistiese en un asalto al Vietnam del Norte no ofrecería resultados diferentes, a no ser hacia peor y con el riesgo de que la huida hacia adelante llevara los combates hasta China: la perseverancia en el error permite creer que este disparate sea posible. ¿Se puede regresar a la negociación de París a buscar un Gobierno de coalición para Saigón y a la celebración de elecciones generales de reunificación de todo el Vietnam, como se había previsto en Ginebra, y cuya interrupción por Vietnam del Sur originó el conflicto? Sí, pero en Washington se persevera en la idea de «hay que negociar desde la fuerza», y ahora no la tienen; sí, pero la solución que hubiese sido posible para el Vietnam hace nada más que dos años, quizá sólo uno, ahora debería abarcar toda la península, y la reunificación tendría que hacerse con toda Indochina y bajo un régimen que, siendo neutralista, sería decididamente hostil a los Estados Unidos...

LA situación está notablemente degradada. Si el reinado de Johnson fue mediocre, el de Nixon está resultando tenebroso.